

UN EMPLEO EXTRAÑO

con un saco de viaje en la mano. Sospechando de él, lo siguió, y, auxiliado por el agente Pollock, logró detenerlo después de una desesperada resistencia. En seguida vieron que se había evitado un robo de una audacia y de una importancia increíbles. Cerca de cien mil libras en acciones de los ferrocarriles americanos, y en valores de otras compañías fueron hallados en el saco.

»El examen de las oficinas hizo descubrir el cadáver del desgraciado vigilante; doblado sobre sí mismo y encerrado en una de las cajas de caudales. La víctima tenía roto el cráneo, por un golpe que debió ser dado con un hierro de mucho peso. Indudablemente, Beddigton debió sorprenderlo por detrás, y después de matarlo, vació la caja y volvió á llenarla con el cadáver. Se cree que el hermano del asesino no haya intervenido en este crimen, á pesar de lo cual la policía le busca activamente.»

—Vaya, de algo hemos de servir—dijo Holmes, mirando al miserable, tendido al pie de la ventana.—Realmente la naturaleza humana es una curiosa mezcla de buenos y malos sentimientos. Ahí tenéis ese bandido, capaz de los mayores crímenes, y que, sin embargo, se quiere suicidar al saber la desgracia de su hermano. Pero no divaguemos, y mientras Watson y yo quedamos aquí vigilándole, tened la bondad de avisar á la policía, Sr. Pycroft.

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

Sherlock Holmes era uno de los hombres más pulidos y más correctos en el vestir y en su conversación; pero en cambio, y por un contraste inexplicable, era en la vida íntima tan desordenado, que causaba la desesperación de todos los patrones y patronas de casas de huéspedes. A pesar de que yo, acostumbrado al rudo vivir del Afganistán, tenga hábitos un tantico apartados de la seriedad que debe tener un doctor, no lo son tanto que tenga como Sherlock Holmes los cigarros en la cockera, el tabaco picado en una zapatilla turca y sujete las cartas por contestar con un cuchillo sobre la puerta.

Sin embargo, esto no es nada comparado con otras cosas más graves; como, por ejemplo, dibujar en la pared á balazos un patriótico V. R., demostrando que también puede ejercitarse en una habitación, y cómodamente sentado, el *sport* de tirar al blanco.

Nuestro cuarto estaba siempre atestado de chimbolos de química y de otras mil cosas, entre ellas piezas de convicción, que guardaba aquí y allá, lo mismo sobre una sombrerera que en el tarro de la

manteca. Pero lo que me molestaba más eran los papeles que se amontonaban sobre todo y lo cubrían todo. Holmes no rompía ningún documento, ninguna carta, ningún periódico, y mucho menos, refiriéndose á algún asunto judicial. No obstante, cada año, ó cada dos años—más bien esto último—hacía un violento esfuerzo y procuraba poner en orden aquella papelería, quedándose con lo más importante, dudando mucho antes de romper algo.

Creo haber dicho en alguna parte de estas mis incoherentes Memorias, que el temperamento de Sherlock Holmes era de los más inconsecuentes que he conocido. Tan pronto desplegaba inusitada energía é inquieta actividad, como dejábase caer perezosamente sobre un sofá y dejaba correr las horas y los días, con un libro en la mano, adormeciéndose con las suaves y nostálgicas melodías de un violín. Durante estos períodos de agotamiento, de cansancio, hasta costábale trabajo arrastrarse hacia la mesa para comer. Así se comprende que los papeles fueran poco á poco ganando el cuarto y los muebles y hasta nosotros mismos.

Una tarde de invierno en que estábamos sentados junto al fuego y dejábamos vagar la mirada á la zaga del humo de nuestros cigarros, le propuse tímidamente á Holmes que aprovecháramos las horas que nos quedaban libres para poner un poco de orden en el cuarto.

Como mi petición era muy razonable, Holmes no pudo negarse á ella, y levantándose se encaminó,

murmurando, hasta la alcoba. Al poco rato volvié arrastrando una caja de metal.

La colocó en medio de la habitación, y sentándose en un taburete levantó la tapa. Entonces pude ver que estaba llena de papelotes, fuertemente atados.

—Si supiérais, Watson—me dijo maliciosamente—cuántas historias hay aquí y qué interesantes son algunas de ellas, me parece que en lugar de aconsejarme que las rompiera ó las...

—¿Qué?—interrumpí.—¿Se refieren esos papeles á los comienzos de vuestra carrera? Ya sabéis cuántos deseos tengo de conocer todo lo de esa época.

—En efecto, querido. Todos estos papeles son anteriores á nuestra amistad. Entonces no os tenía por historiador.

Y mientras hablaba, iba sacando cuidadosamente un paquete después de otro.

—No todos fueron éxitos, amigo Watson, pero en algunos de ellos hay detalles muy curiosos. Este paquete se refiere al crimen de Tarleton; este otro al de Vamberry el vinatero. Aquí está también la aventura de aquella rusa vieja que... Aquí tengo documentos referentes al caso del cojo Rigoletti y de su encantadora esposa... ¡Hombre! Aquí hay una cosa curiosísima.

Y hundiendo el brazo hasta el fondo extrajo una cajita de madera con tapa de metal y de ella sacó un trozo de papel arrugado, una llave antigua de cobre, un pedazo de percha de madera con un oviello de bramante y tres monedas antiguas.

—¿Qué os parecen estas preciosidades—dijo Holmes sonriendo ante el asombro que traslucían mis facciones.

—Que es una colección muy rara.

—Rarisima. Y mucho más la historia que se relaciona con ella.

—¿Entonces tienen un valor?...

—Histórico, querido, histórico.

—¿Cómo histórico?

Sherlock Holmes las fué colocando una á una sobre la mesa; luego se sentó de nuevo, y mirándolas con aire de satisfacción, contestó lentamente:

—Esto es lo único que me queda de «El Ritual de los Musgrave».

Más de una y de dos veces le había oído hablar de este asunto; pero nunca me enteró de todos sus detalles.

—Ya sabéis que tengo muchos deseos de conocer esa aventura.

—Y, sin embargo,—dijo maliciosamente—querfais que destruyera estos papeles. Confesad, amigo Watson, que hace falta bien poco para quitaros de la cabeza la manía del orden. Pero no soy rencoroso y tendré mucho gusto en que figure esta narración en vuestros recuerdos, porque es una de las más importantes.

Otro día os contaré la historia del *Gloria Scott* que fué el punto de partida de mi carrera. Me habéis conocido cuando ya tenía cierta reputación y me empezaban á considerar como una especie de

«Extremaunción» que sólo se llama en los casos desesperados; por lo tanto, no podéis imaginaros mis días penosos y sombríos cuando luchaba por salir de la obscuridad y conquistarme esta posición de la cual estoy tan satisfecho.

Recién venido á Londres, alquilé un cuarto en la calle de la Montaña, cerca del British Museum, y dediqué mis ocios al estudio de las ciencias, que consideraba útiles el día de mañana. De cuando en cuando alguno de mis antiguos camaradas se acordaba de mí y de mi chifladura deductiva ó investigadora, y me confiaba algún asunto de difícil resolución. El tercero de estos asuntos fué precisamente «El Ritual de los Musgrave», y que fué el primer escalón de mis futuras victorias, no tanto por el talento que desplegué en él, sinó por el interés que despertó en el público, dada la posición de las personas comprometidas en él y lo misterioso de sus comienzos.

Reinaldo Musgrave fué compañero mío de colegio, y sin llegar á la intimidad, nuestras relaciones fueron bastante afectuosas. Tenía pocas simpatías entre los demás camaradas, por cierta reserva de palabras y de acciones que atribuían á orgullo y que yo juzgaba hija de una gran timidez. Era un mozo esbelto y distinguidísimo, de nariz aguilena y ojos grandes y soñadores. Era el último vástago de una de las más nobles y antiguas familias del reino; á los Musgrave, que á mediados del siglo XVI se establecieron al Oeste del Sunex, en la mansión seño-

rial de Urlestone. Y era tal el aristocrático aspecto de su figura, que yo no podía mirar sus ojos de ensueño y su boca desencantada y sus manos pulidas, sin evocar las ojivas bordadas por el musgo y los puentes que sintieron la pesadumbre de los hombres de armas, y las almenas doradas por el sol de la tarde que venía á centellear en los cascos y en las puntas de las lanzas. Recuerdo que muchas veces paseábamos juntos y que á él le interesaban no poco mis observaciones y mi espíritu dado á las quimeras imaginativas.

Salimos del colegio, y habían transcurrido cuatro años sin saber el uno del otro, cuando una mañana vino en busca mía.

No había cambiado lo más mínimo. Vestía con igual corrección y acatamiento de la moda que antes, y únicamente sus ojos eran más tristes y más severo su continente.

—¿Qué ha sido de vos, querido Musgrave?—le dije—después de estrecharnos las manos cordialmente.

—Supongo os enteraríais que mi padre murió hace dos años próximamente—contestó él.—Desde entonces, entre mis deberes de diputado y el atender á mis haciendas, empleo de tal modo el tiempo, que no me sobran muchos minutos para consagrarles á mis antiguas amistades. No obstante, he seguido vuestros triunfos, y he visto que habéis progresado maravillosamente, utilizando aquellas facultades que tanto me admiraban.

—Realmente—contesté—no puedo quejarme. Lo que empezó siendo una distracción de niño, es ahora lo que da para vivir.

—No sabéis lo que me alegro de ello, aunque nó sea más que por egoísmo. Necesito vuestra ayuda, querido Holmes, para resolver un grave problema, ante el cual se han estrellado los más hábiles policías y que considero de lo más extraordinario que dar se puede.

—Hablad—exclamé lleno de impaciencia—y no olvidad un solo detalle.

Reinaldo Musgrave se sentó frente á mí y encendiendo un habano, empezó su narración.

—Aunque soltero, llevo una vida bastante costosa, pues las comodidades á que estoy acostumbrado y la extensión de mis tierras y de mi casa, requieren no poca servidumbre.

Actualmente se compone ésta de ocho criadas, un mayordomo, dos lacayos, ayuda de cámara y un *groom*, aparte de la gente empleada en las cuadras y en los trabajos agrícolas. El mayordomo, Brunton, entró muy joven en la casa y supo hacerse indispensable á los pocos meses de estar en ella. Era un mozo de buena figura, inteligente y dispuesto para el trabajo. Joven aún—pues no representaba más de cuarenta años y llevaba más de veinte en Urlestone,—resultaba agradable su compañía, pues á su varonil belleza, unía, como he dicho antes, un cerebro privilegiado, poseía varios idiomas y era muy versado en el arte de la música

No es extraño que con estas condiciones, y dada la pequeñez de ambiente que hay en una provincia, Brunton buscara el lado feliz de la vida, y lo consiguiera, conquistando mujeres.

Sí, nuestro mayordomo era un temible «Don Juan». Durante los años en que vivió su mujer fué muy comedido, pero en cuanto enviudó, empezaron los caprichos y las mujeres amadas hoy y despreciadas mañana. Hace algunos meses, todos creimos que volvería á casarse, pues se puso en relaciones con una de las doncellas, llamada Raquel Howells; pero de pronto riñeron y el seductor se enamoró, ó fingió enamorarse, de Juana Oregelhis, la hija de uno de mis guardas. Raquel era fuerte como las mujeres bíblicas, pero de una naturaleza tan impresionable y nerviosa, que esta ruptura la causó un ataque cerebral. Hace algunos días aún la he visto por las habitaciones de la vieja casa señorial, pero andaba apoyándose en las paredes y en los muebles, pálida y silenciosa como un espectro. Aquí empezaba el primer acto del drama; el segundo fué mucho más emocionante y misterioso.

Y ahora, antes de estos dos actos, hablemos del prólogo. Ya os he dicho que Brunton era hombre de privilegiada inteligencia, y esta distinción suya ha sido la causa de su ruina. Desde poco tiempo á esta parte nació en él una insaciable ambición de saber cosas que le tenían sin cuidado, y ya olvidó todas las conveniencias y las consideraciones.

Cierta noche de la semana pasada--el jueves, para

precisarlo todo,—me fué imposible conciliar el sueño, sin duda, porque cometí la torpeza de tomar una taza de café muy fuerte, después de la cena. Después de mucho luchar con el insomnio, ya á las dos de la madrugada, encendí una luz y me levanté para coger una novela que había empezado aquella tarde. Después de buscarla inútilmente, recordé que había dejado el libraco en el salón del billar. Me puse apresuradamente una bata y salí de la alcoba.

Para llegar al billar hay que bajar una escalera y atravesar por un pasillo que conduce á la biblioteca y á la sala de armas. ¡Imagináos mi sorpresa al ver una luz encendida en la biblioteca!... Estaba seguro de que al salir había apagado la lámpara y cerrado cuidadosamente la puerta. ¿Quién sería el que estaba allí dentro? Cogi al azar un hacha antigua de uno de los trofeos de armas que adornan los pasillos de Urlestone, y apagando mi vela me acerqué á paso de lobo hacia la puerta entreabierta. ¿A quién diréis que ví? A Brunton, al mayordomo, que, completamente vestido y sentado en un sillón, estaba absorto en el estudio de una especie de plano que tenía sobre las rodillas.

Quedé mudo de asombro, y gracias á la obscuridad en que me hallaba, pude observarlo todo, sin despertar la menor sospecha. La vela, colocada sobre la mesa, iluminaba suficientemente su cara y sus ademanes. De pronto se levantó—y entonces ví que vestía aún el traje de frac, lo cual probaba que no se había acostado—y yendo hacia el escritorio coloca-

do en el rincón, hundió la mano en uno de los cajones, sacó un papel y volviéndose á sentar cerca de la luz se puso á examinarlo de igual modo que al anterior. Fué tal mi indignación al ver que un extraño se permitía hojear de aquel modo mis papeles de familia, que abandoné todo recato y entré en la habitación. Brunton levantó la cabeza y su cara se puso lívida; luego, levantándose, guardó el plano en uno de los bolsillos interiores.

—¿Así es como cumplís con vuestro deber y justificáis mi confianza?—dije con voz colérica.—Mañana mismo saldréis de esta casa.

Bajó la cabeza sin contestar, y silencioso, con el rostro contraído y las manos temblonas, pasó delante de mí y desapareció.

Entonces me acerqué á la mesa y con gran asombro ví que el papel que había sacado del escritorio no tenía la menor importancia. Era una copia de las preguntas y respuestas que desde tiempo inmemorial constituyen «El ritual de los Musgrave», y que se pronuncian en la ceremonia de tomar posesión los Musgrave de sus derechos de mayor de edad. Es un documento que no tiene interés más que para nuestra familia y alguno que otro arqueólogo, pero que en la vida práctica es completamente inútil.

—Si no tenéis inconveniente, ya volveremos á hablar de ese documento.

—Bueno; pero dejadme seguir mi narración. Cerraré el escritorio utilizando la llave que había dejado Brunton, y ya me disponía á salir cuando quedé sor-

prendido viendo en el dintel de la puerta al mayor-domo.

—Oid, señor Musgrave—dijo con voz temblorosa,—yo no puedo soportar una desgracia semejante. Yo he sido y soy muy orgulloso, demasiado para mi clase, lo reconozco, y esta humillación me mataría y antes toda mi sangre subiría al cerebro y... no sé, no sé... Es muy lógico que no queráis que continúe á vuestro servicio después de lo ocurrido; pero no me echéis, por el amor de Dios; dejad que pase un poco de tiempo y parezca que soy yo el que se despide... Reflexionad que mi reputación...

—No merecéis consideración alguna, Brunton—contesté.—Vuestra conducta ha sido indigna. No obstante, y teniendo en cuenta que lleváis mucho tiempo en mi casa, os concedo ocho días, durante los cuales podréis inventar cualquier disculpa que justifique vuestra salida de Urlestone.

—¿Nada más que una semana, señor?—exclamó.—Dadme siquiera quince días... os lo suplico, quince días.

—No. Una semana. Y es demasiado para lo que os merecéis.

Seguro de que no había de conseguir más, agachó la cabeza y, girando sobre sus talones, desapareció en la obscuridad. Yo apagué la luz y volví á mi cuarto.

Los dos días siguientes, Brunton cumplió sus obligaciones como nunca, excediéndose en su habitual laboriosidad. Yo estaba profundamente intrigado